

partidos que querian la guerra, era preciso separarle á toda costa del lado del rey, con lo cual se lograba impedir que volviese á aconsejarle. Lessart podia cubrirse, ya retirándose espontáneamente, ya cediendo á la impaciencia de la Asamblea. No quiso hacer ni lo uno ni lo otro. Instruido de la terrible responsabilidad que pesaba sobre su cabeza, y no ignorando que esta responsabilidad era la muerte, hizo, sin embargo, frente á todo heroicamente con el solo objeto de dar algunos dias mas al rey para que pudiese entrar en negociaciones. ¡Estos dias estaban contados!

LIBRO DOCE.

Muerte de Leopoldo.—Destitucion de Mr. de Narbona.—Asesinato de Gustavo, rey de Suecia.—Gabinete de Luis XVI.—Todos los partidos se reünen para derribarle.—Brissot llega á ser el hombre político de la Gironda.—Ministerio girondino.—Dumouriez, ministro de la Guerra.—Roland, ministro del Interior.

I.

Leopoldo, aquel príncipe pacífico y filósofo que hubiese sido revolucionario á no haber sido emperador, había probado todos los medios posibles para diferir el choque entre los dos grandes principios. No pedía á la Francia sino unas concesiones aceptables para poder neutralizar así el arrojó de la Prusia, de la Alemania y de la Rusia. El príncipe de Kaunitz, ministro suyo, escribía continuamente á Mr. de Lessart en este sentido. Las comunicaciones confidenciales que recibía el rey del marqués de Noailles, embajador suyo en Viena, respiraban también un espíritu conciliador. Lo único que quería Leopoldo era, que restablecido el orden en Francia y

puesta en práctica la Constitución por el poder ejecutivo con todo vigor, diesen garantías á las potencias monárquicas. Pero las últimas sesiones de la Asamblea, los armamentos dispuestos por Mr. de Narbona, las acusaciones de Brissot, el vehemente discurso de Vergniaud, los aplausos que éste había obtenido, cansaron ya su paciencia, y á su pesar, se decidió por lo que tanto había dilatado. «Los franceses, dijo un día en su reunion, quieren la guerra, pues bien, la tendrán, y verán que el pacífico Leopoldo sabe ser un guerrero, cuando el interés de sus pueblos lo exige.»

Los consejos de ministros se repitieron en Viena con mucha frecuencia, presididos por el emperador.

La Rusia acababa de firmar la paz con el imperio otomano y estaba en disposición si queria de declararse por la Francia. Suecia avivaba la ira de los príncipes; Prusia cedía á los consejos de Leopoldo; Inglaterra observaba, pero no ponía trabas á nadie, porque la lucha del continente debía aumentar su importancia. Decidióse poner los ejércitos al pie de guerra, y el 7 de febrero de 1792 se firmó en Berlin el tratado definitivo de alianza entre Austria y Prusia. «Hoy, escribia Leopoldo á Federico Guillermo, la Francia es la que amenaza, la que arma y la que provoca. La Europa tambien debe armarse.» El partido de la guerra triunfaba en Alemania. «Es una felicidad, decia el elector de Maguncia al marqués de Bouillé, que los franceses sean los agresores. Sin esto nunca hubiéramos tenido la guerra.» Aunque decidida esta en el consejo, Leopoldo esperaba todavía. En una nota oficial que el príncipe de Kaunitz remitió al marqués de Noailles para que se la comunicase al rey, este príncipe propendia aun á la conciliacion. Mr. de Lessart, respondió confidencialmente á estas últimas proposiciones, y tuvo la lealtad de comunicar su respuesta á la comision diplomática de la Asamblea, compuesta de girondinos. En este escrito, el ministro paliaba las re-

convenciones dirigidas á la Asamblea por el emperador, y parecia mas bien disculpar á la Francia que justificarla. Confesaba, sin embargo, que habia habido algunos disturbios en el reino, y algunos escesos en los clubs y por parte de la prensa; atribuía estos desórdenes á la fermentacion producida por las grandes reuniones de emigrados y á la inesperienza de un pueblo que hace los primeros ensayos de su Constitución, y que se hiere él mismo manejando un arma que no conoce bien todavía.

«La indiferencia y el desprecio, decia, son las únicas armas con que debe combatirse este azote. ¿Podria rebajarse la Europa hasta el extremo de acriminar á toda la nacion francesa, porque oculta en su seno algunos declamadores, y algunos folletistas, y hasta á hacerles á estos el honor de responderles á cañonazos?»

En una comunicacion dirigida por el príncipe de Kaunitz á todos los gabinetes estrangeros, se hallaban las siguientes palabras: «Los últimos sucesos nos dan algunas esperanzas; parece que la mayoría de la nacion francesa, reflexionando en los males que ella misma se busca, vuelve á principios mas moderados y tiende á devolver al trono la dignidad y la autoridad, que son la esencia del gobierno monárquico.» La Asamblea guardó el silencio de la sospecha. Esta sospecha se avivó, al oír la lectura de las notas y contranotas diplomáticas que habian mediado entre el gabinete de las Tullerías y el de Viena. Mas apenas bajó Mr. de Lessart de la tribuna y se levantó la sesion, cuando los cuchicheos de la desconfianza se convirtieron en un clamor sordo y unánime de indignacion.

II.

Los jacobinos prurupieron en amenazas contra el ministro y contra la corte. Segun ellos, habia conniven-

cia entre las Tullerías y el gabinete de Viena, y en Francia era donde se combinaban todos los planes contrarrevolucionarios. Pretendían además que tanto el ministro como el rey pertenecían al llamado *comité austriaco*, y que era tal su perfidia, que comunicándose reservadamente con la corte de Austria, la dictaban el lenguaje que debía usar con la Francia, para intimidarla. Las memorias de Hardenberg, ministro de Prusia, publicadas después, prueban que estas acusaciones no eran enteramente un sueño de los demagogos, y que las dos cortes, aun cuando fuese con la buena intención de mantener la paz, se esforzaban en combinar su lenguaje. Declaróse que había lugar al acta de acusación de Mr. de Lessart, y Brissot, presidente de la comisión diplomática, y el hombre de la guerra, se encargó de probar los pretendidos crímenes del ex-ministro.

El partido constitucional abandonó villanamente á Mr. de Lessart al odio de los jacobinos. Este partido no abrigaba la menor sospecha respecto al acusado, pero tenía que vengar en él cierto agravio. El rey acababa de separar repentinamente á Mr. de Narbona, rival de Mr. de Lessart en el consejo. Mr. de Narbona, sintiéndose amenazado se había hecho escribir por La Fayette una carta en que éste le instaba en nombre del ejército á permanecer en su puesto mientras que el peligro de la patria lo exigiese así. Este paso dado con conocimiento de Mr. de Narbona, le pareció al rey una opresión insolente ejercida sobre su libertad personal y sobre la Constitución. La popularidad de Mr. de Narbona iba en disminución y la audacia de los girondinos en aumento. La Asamblea empezaba á trocar los aplausos que anteriormente le había prodigado en violentos murmullos en cuanto le veía subir á la tribuna: no hacía aun muchos días que se le había hecho bajar de ella vergonzosamente por haber herido la susceptibilidad plebeya, invocando el apoyo de los miembros *mas distinguidos* de la Asamblea. La aris-

tocracia de su rango se divisaba aun por debajo de su uniforme. El pueblo quería hombres tan duros como él en el consejo. Mr. de Narbona colocado entre el rey ofendido y las desconfianzas de los girondinos no pudo evitar su caída. El rey le destituyó y fué á servir al ejército que él mismo había organizado.

Sus amigos no ocultaron su resentimiento. Madama de Staël vió desvanecerse con la caída de aquel hombre su bello ideal y trastornarse todos sus planes de ambición, pero no la abandonó la esperanza de reconquistarle la confianza del rey, unida á un gran papel político. Antes había querido hacer de él un Mirabeau, y ahora soñaba en que fuese un Monk. Desde aquel día concibió la idea de arrancar al rey de manos de los jacobinos y de los girondinos y de hacerle arrebatado por Mr. de Narbona y por los constitucionales para colocarle en el centro del ejército, y obligarle á que destruyendo los partidos estremos, pudiese fundar aquel gobierno ideal que era su sueño dorado, y que consistía en una libertad aristocrática. Mujer de gran talento reunía en sí todas las preocupaciones de su nacimiento; plebeya de la corte, colocada entre el trono y el pueblo, necesitaba de los patricios. El primer golpe dirigido á Mr. de Lessart, salió de la mano de un hombre que frecuentaba la casa de Staël.

— Pero otro golpe inesperado y todavía mas terrible alcanzó á Mr. de Lessart el mismo día en que se le entregaba en manos de sus enemigos, como acabamos de referir. Recibióse en París la noticia inesperada de la muerte del emperador Leopoldo. Con la vida de este príncipe desaparecían las esperanzas de paz, porque se llevaba consigo toda su gran prudencia y sabiduría. ¿Quién

era capaz de saber qué especie de política iba á salir de su sepulcro? La agitacion de los espíritus produjo un terror general y este se cambió en odio hácia el desgraciado ministro de Luis XVI. Lessart no había sabido, segun decian, ni aprovecharse de las disposiciones pacíficas de Leopoldo durante su vida, ni evitar las hostilidades de los que iban á sucederle en la direccion de Alemania. Todo parecia volverse contra él, y hasta la fatalidad y la muerte, se le habían convertido en objetos de acusacion.

El imperio estaba próximo á romper las hostilidades cuando falleció el emperador. Desde Basilea hasta el Escalda se hallaban escalonados doscientos mil hombres. El duque de Brunswick, héroe y esperanza de la liga, se hallaba en Berlin aconsejando al rey de Prusia, y esperando las últimas órdenes. Bischoffwerder, general y confidente del rey de Prusia, acababa de llegar á Viena para concertar con el emperador la hora y el punto en donde debian dispararse los primeros tiros. En cuanto llegó, el príncipe de Kaunitz le anunció con las lágrimas en los ojos la enfermedad repentina del emperador. Leopoldo gozaba la mejor salud el día 27 en que dió audiencia al embajador turco, y el 28 estaba ya en la agonía. Hincháronse las entrañas, y unos vómitos convulsivos que se seguian casi sin interrupcion le partian el pecho y el estómago. Los médicos vacilan viendo aquellos sintomas tan alarmantes, y aunque turbados mandan que se le sangre inmediatamente: este remedio hace que se sosiegue un poco, pero enerva la fuerza vital de un príncipe gastado por los excesos. Duérmese un instante, y los ministros y los médicos se salen de la cámara imperial para dejarle descansar; despiértase al cabo de pocos minutos, y presa de nuevas convulsiones espira en los brazos de la emperatriz que acaba de acudir al saber la novedad; sin otro testigo de su muerte que uno de sus ayudas de cámara llamado Brunetti.

La noticia de la muerte del emperador, tanto mas funesta cuanto mas impensada, se esparció en un momento por la ciudad, y sorprendió al imperio cuando se hallaba precisamente en una gran crisis. Mezclábanse en todos los ánimos un terror pánico sobre el destino de Alemania á una gran compasion hácia la emperatriz y sus hijos. En palacio reinaban una confusion y una consternacion inesplicables: los ministros no sabian como se les había escapado el poder, y los grandes personajes de la corte, sin aguardar siquiera á que les pudiesen el carruaje, corrian aturdidos por las calles, en direccion á palacio; en el alcázar imperial no se oia otra cosa que sollozos y gritos de dolor. En este momento la viuda de Leopoldo, sin haber tenido siquiera tiempo para vestirse de luto, se presentó ante aquella corte despavorida, rodeada de sus hijos, y les condujo ante el nuevo rey de los romanos, hijo primogénito de Leopoldo, donde se arrodilló, reclamando su proteccion en favor de aquellos huérfanos. Francisco I, uniendo sus sollozos á los de su madre y hermanos, entre los cuales había uno que no tenía mas que cuatro años, levantó á la emperatriz, besó á los niños y les prometió que seria para ellos un segundo padre.

IV.

Aunque esta catástrofe pareciese inesplicable para los facultativos, los hombres políticos sospecharon que en ella se encerraba algun misterio, y el pueblo, menos cauto, habló sin empacho de envenenamiento; estos rumores no han sido confirmados ni desmentidos por el tiempo. La opinion mas probable es que el príncipe, ávido de placeres, había tratado de escitar en demasia su naturaleza haciendo un uso excesivo de ciertas drogas que componia él mismo, y que su pasion por las meje-

rés le hacian necesarias, cuando sus fuerzas físicas no respondian al ardor insaciable de su imaginacion. Su médico de cámara, Lagusius que habia asistido á la autopsia del cadáver, afirmaba que habia sido envenenado. ¿Quién pudo envenenarle? Los jacobinos y los emigrados se echaban en cara mutuamente este crimen: aquellos pudieran haberlo cometido por deshacerse del gefe armado del imperio, y para introducir con su muerte la anarquía en la federacion alemana, cuyo lazo era el emperador; estos hubieran podido herir en Leopoldo al príncipe filósofo que entraba en pactos con la Francia y que retardaba la guerra. Tambien se decia que habia sido envenenado por una muger desconocida en el último bañe de máscaras. Contábase que esta, favorecida por su disfraz, le habia ofrecido un dulce que contenia el veneno, y en él le habia regalado la muerte. Otros acusaban á la bella florentina doña Livia, querida suya, ó instrumento segun la opinion de estos, del fanatismo de algunos sacerdotes. Todas estas anédoctas no son sino unas quimeras inventadas por la sorpresa y dolor; los pueblos no quieren ver nada natural en los sucesos que como este tiene tan gran influencia sobre su destino. Pero los crímenes colectivos son raros, las opiniones los desean, pero no los cometen por sí mismos. Nadie acepta por todos la exaeracion de una maldad que no aprovecha sino al partido. El crimen es personal como la ambicion ó la venganza; alrededor de Leopoldo no habia ni una ni otra, y únicamente lo que podia haber era algunos celos ó algunas envidias mugeriles. Sus relaciones con el bello sexo eran muchas y muy fugaces para que pudiesen encender en el alma de sus queridas una de esas pasiones que se sirven del puñal ó del veneno. Trataba á la vez con doña Livia, á quien habia traído consigo de Toscana, y que era conocida en Europa bajo el nombre de la hermosa Italiana; con Prokache, jóven polaca; con la encantadora condesa de Walkens-

tein y con otras muchas de inferior condicion. La condesa hacia ya algun tiempo que era su querida favorita y acababa de regalarla un millon en billetes de banco; habia llegado hasta á presentarla á la emperatriz, que le perdonaba sus debilidades con tal que no concediese su confianza política sino á ella. La pasion de Leopoldo por las mugeres era un verdadero delirio, y seria preciso remontarse á las épocas mas vergonzosas del imperio romano para hallar en el corazon de los emperadores unos escándalos comparables con los de este hombre. Su gabinete parecia un lugar infame ó un museo de obscenidad. Después desu muerte, se hallaron en él una porcion de telas preciosas, de sortijas, de abanicos, de joyas de todas clases, y hasta cien libras de colorete y pomadas, destinado todo esto á reparar el desórden de los rostros de las mugeres que allí entraban, para que nadie notase su desaliño al salir. La emperatriz se ruborizó al ver aquellas pruebas convincentes de la disolucion de su marido, y cuando se inventariaron en presencia del emperador no pudo menos de decirle: «Hijo mio, ante tu vista tienes una triste prueba de los desórdenes de tu padre y de mis largas aflicciones; no te acuerdes sino de mi perdon y de sus virtudes. Imita sus grandes cualidades, pero guárdate de caer en los vicios en que ha caído tu padre, siquiera para que no haya quien tenga que ruborizarse al penetrar en los secretos de tu vida privada.»

Leopoldo era mas digno de aprecio como príncipe que como hombre. Habia ensayado un gobierno filosófico en Toscana, y aquel dichoso pais bendice todavia su memoria. Su genio no era á propósito para la direccion de un imperio mas vasto. La lucha que la revolucion francesa le proponia, le obligó á tomar el mando de Alemania, pero lo desempeñó con demasiada blandura, oponiendo los paliativos de la diplomacia al ardor de las nuevas ideas, lo que equivalió á asegurar el triunfo

de la revolucion, dándola tiempo de consolidarse. A esta no se la podia vencer sino por sorpresa, y ahogándola en su cuna. El genio de los pueblos era su agente y su cómplice, y su popularidad cada dia mayor, constituia su fuerza y era su verdadero ejército. Sus ideas le reclutaban los príncipes, los pueblos, y los gabinetes; Leopoldo hubiera querido contribuir á ella por su parte, pero el genio de las revoluciones consiste en conquistar todo lo que se opone á sus principios. Los de Leopoldo podian conciliarse muy bien con la revolucion; pero su poder como árbitro de Alemania, no podia conciliarse con el poder conquistador de la Francia. Tenia que representar dos papeles, lo que hacia que su posicion fuese falsa. Murió en la ocasion mas oportuna para su gloria, y con su muerte se paralizó la Alemania, y se amortiguó el arroyo impetuoso de los franceses. Al desaparecer de entre estas dos cosas les dejaba dos principios que debian chocar mutuamente y que necesariamente debian producir la guerra.

V.

Fermentando ya las opiniones con la muerte de Leopoldo recibieron otro golpe con la noticia del trágico fin del rey de Suecia asesinado el 16 de setiembre, en un baile de máscaras. La parca iba haciendo presa uno á uno en todos los enemigos de Francia. Los jacobinos veian su propia obra en aquellas catástrofes, y se gloraban de ello por conducto de sus mas desenfrenados demagogos; pero estos hombres proclamaban unos crímenes en los que no tenian otra parte que el deseo de que se verificasen.

Gustavo, héroe de la contrarevolucion, y caballero de la aristocracia, fué víctima de sus nobles, cuando se dis-

ponia á salir para la expedicion que meditaba contra la Francia, despues de haber reunido la dieta para asegurar la tranquilidad del reino durante su ausencia. Su energía habia reprimido á los descontentos, á pesar de habersele anunciado como á César que los *idus* de marzo le serian funestos. Hacia ya tiempo que habia indicios de que se urdia una trama contra él, y el rumor de que iba á ser asesinado se habia esparcido por toda Alemania antes que el asesinato se verificase. Semejantes rumores son el presentimiento de los crímenes que se meditan, porque siempre los conspiradores dejan traslucir parte de los planes que tienen entre manos y aunque esta luz sea muy débil, hay en ella claridad suficiente para ver ciertos sucesos antes que sucedan.

Advertido el rey de Suecia por sus numerosos amigos de lo que se intentaba y suplicándole estos, que anduviese con cuidado, les respondió como César, que era menos doloroso recibir el golpe, que estar temiéndole continuamente, y que si él tuviese que dar oidos á todas las advertencias de este género, no se atreveria ni á beber un vaso de agua. Así desafiaba este príncipe á la muerte entregándose á su pueblo sin tomar la menor precaucion.

Los conjurados habian hecho ya varias tentativas inútiles mientras duró la dieta, pero la casualidad habia salvado siempre al rey. Despues que volvió de Estocolmo acostumbraba á ir solo á su palacio de Haga, distante una legua de la capital. En una de las oscuras tardes del invierno, tres asesinos se habian dirigido á las inmediaciones de aquel palacio, provistos de buenas armas de fuego y habian estado espiondo al rey con intencion de dispararle á boca de jarro. El cuarto de S. M. estaba en el piso bajo, y las muchas luces que habia en la pieza de la libreria, dejaban ver perfectamente la víctima á aquellos tres malvados. Gustavo volvió de cazar, se desnudó, se sentó en un sillón, y se durmió á muy pocos pa-

sos de donde estaban sus asesinos. Ya fuese que algun ruido le alarmase, ya que el contraste solemne que ofrecía el sueño de un príncipe, que dormía sin la menor desconfianza teniendo tan cerca la muerte, enterneciese las almas de aquellos hombres, ello es que por esta vez no llevaron adelante su intento, ni éste hecho llegó á saberse, hasta que ellos lo revelaron en sus declaraciones, despues de haberse cometido el asesinato. Ya estaban decididos á renunciar á su proyecto, desanimados por una especie de intervencion divina y cansados de no haber podido llevar á cabo su idea en tanto tiempo, cuando una ocasion fatal vino á tentarles con mas fuerza y á decidirles definitivamente á ejecutar el asesinato.

VI.

En el teatro de la Opera se daba aquella noche un baile de máscaras al que debía asistir al rey. Los conjurados resolvieron aprovecharse del bullicio de aquella fiesta y de la impunidad que les ofrecía el llevar la cara tapada, para dar el golpe, sin que fuese fácil descubrir los agresores. El rey cenó con tres ó cuatro de sus favoritos antes de ir al baile, y estando cenando recibió una carta que leyó riéndose de su contenido, y que arrojó despues sobre la mesa. El autor anónimo de esta carta, le decia que ni era amigo suyo, ni aprobaba su política, pero que como enemigo leal, se creía en el deber de advertirle que estaba próximo á ser asesinado, y que le aconsejaba que no fuese al baile, así como tambien que si estaba resuelto á ir, desconfiase de los grupos que se le acercasen, porque éstos grupos debían ser el preludio y la señal del golpe que se le iba á dar. Para que el rey creyese las advertencias que se le hacian en este escrito, le daba su autor minuciosa cuenta

del traje que llevaba, de sus gestos, de sus movimientos, y hasta de la postura que habia tomado en el sillón la noche que se habia dormido tranquilamente en su palacio de Haga, creyendo hacerlo sin testigos. Semejantes detalles hubieran debido chocar ó intimidar al príncipe. Su alma intrépida le hizo despreciar, no la advertencia, sino la muerte: levantóse en seguida de la mesa, y se fué al baile.

VII.

Aun no habia acabado de dar la primera vuelta á la sala, cuando se vió rodeado como se le habia predicho, por un grupo de máscaras que se interpuso entre él y los oficiales que le acompañaban. En este momento una mano invisible, le asestó por detrás un pistoletazo. El tiro dió en la cadera izquierda del rey, y éste cayó en los brazos del conde de Armsfeld, favorito suyo. El ruido del tiro, el humo de la pólvora, y los gritos de ¡fuego! que se oyeron por todas partes, unido todo esto á la confusion que produjo el ver caer al rey, y la precipitacion verdadera ó falsa de las personas que corrian presurosas á levantarle, favoreció la desaparicion de los asesinos; la pistola quedó en el suelo. Gustavo no perdió un momento su presencia de ánimo, y mandó inmediatamente que se cerrasen las puertas de la sala, y que se obligase á todo el mundo á quitarse la careta. El rey fué conducido en seguida por sus guardias á un cuartito inmediato, donde se le hizo la primera cura, y en donde recibió á algunos enviados estrangeros, á quienes habló con la serenidad de un alma fuerte. Ni aun sus grandes dolores fueron suficientes á inspirarle sentimientos de venganza, y generoso hasta en sus últimos momentos, preguntó con inquietud si se habia cogido al asesino. Respondiéndole entonces que todavía no se ha-

bia podido dar con él, dijo: «¡Quiera Dios que no se le encuentre!»

Mientras que se daban al rey los primeros auxilios, y se le trasportaba á palacio, los guardias que estaban en las puertas iban haciendo que se quitasen la careta todos los concurrentes, á quienes interrogaban tomando sus nombres y registrándolos escrupulosamente. Nada sospechoso pudo descubrirse en este minucioso registro. Cuatro de los principales conjurados, hombres de la alta aristocracia, habian logrado escurrirse de la sala, en aquella primera confusion que produjo el ruido del tiro. De los nueve confidentes ó cómplices del crimen, ocho habian salido sin infundir la menor sospecha, y el último permanecia aun en la sala afectando una tranquilidad que parecia el mas seguro garante de su inocencia. Por fin salió, y al quitarse la careta ante un empleado de policia, le dijo mirándole cara á cara con la mayor calma y desfachatez: Se me figura, caballero, que á mi no se me tendrá por sospechoso.» Este hombre era el asesino.

Se le dejó pasar; no habia otros indicios del crimen que el crimen mismo, una pistola y un cuchillo-puñal, que se hallaron debajo de unas flores en el suelo. El arma fué la que descubrió al asesino. Un armero de Estocolmo reconoció la pistola, y declaró habérsela vendido pocos dias antes á un caballero sueco antiguo, oficial de guardias, llamado Ankarstroem. Inmediatamente fueron á prenderle, y le hallaron en su casa, sin que pensase ni en disculparse ni huir; así es que reconoció el arma y no negó el crimen. Segun dijo, lo habia cometido por habérselo formado causa injustamente, aunque el rey le habia indultado en ella de la pena capital, y porque cansado de vivir, queria ilustrar su nombre, ó perecer siendo útil á su patria. En caso de haber salido bien, contaba con que se le recompensaria en proporción al gran servicio que creia haberla hecho. Malvado hasta en la misma confesion del crimen, cargaba sobre sí toda la

gloria ó todo el oprobio que de él podia resultar, negando que hubiese habido conjuración ni complicidad de ninguna especie, y disfrazando la trama con la máscara del fanatismo.

El remordimiento dobló, sin embargo, su constancia al cabo de algunos dias, y le hizo manifestar todo el complot, nombrar á los culpados y confesar lo que le habian pagado por el atentado que acababa de cometer. El precio consistia en una considerable cantidad. Concebido este plan seis meses antes, habia fracasado tres veces por efecto de la casualidad, en la dieta de Telje, en Estocolmo y en Haga. Muerto el rey debian ser sacrificados igualmente á la venganza del Senado y á la restauración de la aristocracia, todos los favoritos del monarca y todos los hombres influyentes del gobierno. Sus cabezas puestas en las puntas de unas picas, debian ser paseadas por todas las calles de la capital á imitación de lo que sucedia en las conmociones populares de Paris. El duque de Sudermania, hermano del rey, debia ser tambien sacrificado. De este modo entregado el joven rey en manos de los conjurados les serviria de instrumento pasivo para restablecer la antigua constitucion y para legitimar su atentado. Pertenecian los principales cómplices á las familias mas distinguidas de Suecia; la vergüenza de haber perdido parte de su poder, habia envilecido su ambicion hasta llegar á hacerla criminal. Eran estos, el conde de Ribbing, el de Horn, el baron de Ehrensværd y el coronel Lilienhorn, comandante de los guardias, á quien el rey habia sacado de la miseria, para elevarle á los primeros grados de la milicia y de palacio. Este confesó su ingratitud y su crimen, diciendo que le habia inducido á cometerle la ambicion de obtener el mando de la guardia nacional de Estocolmo. El papel que hacia La Fayette en Paris le habia parecido el bello ideal del ciudadano soldado, y no habia podido resistir á la tentación. Medio comprometido en el complot, habia tratado

de que no llegase á efecto, pero sin separarse de él enteramente. Este hombre fué el autor del anónimo de que hemos hablado anteriormente, y parecia que una mano invisible le impulsaba á cometer el crimen, y otra, á avisar á su víctima, como si de este modo, tratase de evitar los remordimientos que habian de acosarle despues que se hubiese llevado á cabo.

El dia fatal del asesinato, lo habia pasado en el mismo cuarto del rey, le habia visto leer su carta y le habia acompañado al baile. Este hombre, enigma del crimen y asesinato misericordioso, tenia un alma cuyos sentimientos no es fácil explicar al considerarle indeciso entre su ánsia por derramar la sangre de su rey, y el deseo de evitar que se derramase la de su bienhechor.

VIII.

Gustavo tardó bastante en morir, y veia acercarse ó alejarse el momento fatal con igual indiferencia y resignacion en ambos casos: en su lecho de muerte recibió á sus cortesanos, habló con todos sus amigos, se reconcilió con aquellos enemigos declarados de su gobierno que no ocultaban la oposicion que le hacian, pero que tampoco llevaban su resentimiento hasta el asesinato. «Estoy consolado en medio de lo que acaba de sucederme, dijo el rey al conde de Brabé, persona distinguida de la corte y cabeza de los descontentos, al ver que la muerte me hace encontrar en vos un antiguo amigo.»

Hasta que espiró veló constantemente sobre los intereses de su reino. Nombró regente al duque de Sudermania, instituyó el consejo de regencia, y á su amigo Armsfeld le hizo gobernador militar de Estocolmo, medidas con las cuales rodeó al joven rey, que solo conta-

ba trece años, de todos aquellos sugetos que podian contribuir eficazmente á que su minoría no fuese borrascosa. Preparó así el paso de un reinado á otro y arregló las cosas de manera, que su muerte no fuese un acontecimiento funesto si no para él. «Mi hijo, escribia poco antes de morir, no entrará en su mayoría de edad hasta los diez y ocho años, pero yo espero que sea rey á los diez y seis.» Con estas palabras presagiaba á su sucesor tanto valor y un genio tan precoz como el que le habia hecho reinar á él antes de tener la edad. A su confesor le dijo: «No creo llevar grandes méritos ante el tribunal de Dios, pero al menos llevo el íntimo convencimiento de no haber hecho daño á nadie voluntariamente.» Al poco rato pidió que le dejasen descansar para restaurar sus fuerzas y poderse despedir de su familia; antes de dormirse lo hizo de su amigo Bengenskiern, y en seguida se durmió para no volver á despertar.

El príncipe real fué proclamado rey y subió al trono aquel mismo dia. El pueblo, á quien Gustavo habia libertado del yugo del Senado, juró espontáneamente defender las instituciones dadas por el padre en la persona del hijo. El rey habia empleado tan bien los últimos dias que el Señor le habia concedido, que nada pereció de lo que él habia establecido, de suerte que parecia que su sombra continuaba reinando en Suecia.

Este príncipe no tenia nada grande sino el alma, ni habia en su cuerpo otra belleza que la de sus ojos. De baja estatura, cargado de hombros, mal configurado de caderas, de nariz larga y boca muy grande, tenia, sin embargo, tanta gracia, y habia tanta viveza en su rostro, que eran suficientes á cubrir todas aquellas imperfecciones de la naturaleza y á hacer de él uno de los hombres mas seductores de su reino: en sus ojos y en todo el resto de sus facciones se veian marcadas la inteligencia y la bondad unidas á un valor que podia llamarse heroico. Solo con mirarle se distinguia en él el hombre de talen-

to, se admiraba el rey y se adivinaba el héroe. Instruido, literato y elocuente, aplicaba todos estos dones al buen gobierno de su Estado, y á los que habia vencido por su valor, los conquistaba nuevamente con su generosidad y les encantaba con sus palabras. Sus defectos consistían en el lujo, y en la inclinacion decidida por los placeres voluptuosos que tan fácilmente se perdonan en los héroes, aunque la historia con su inflexible imparcialidad se vea obligada á publicarlos. Gustavo tenia todos los vicios de Alejandro, de César y de Enrique IV. Para parecerse enteramente á estos grandes hombres, no le faltó sino ser tan afortunado como ellos.

Cuando aun era casi niño, se sustrajo á la tutela de la aristocracia, y emancipando el trono emancipó tambien al pueblo. Puesto á la cabeza de un ejército reclutado sin tener recursos con que sostenerle, aunque disciplinado por el entusiasmo que supo inspirarle, invadió la Finlandia rusa y amenazó á San Petersburgo. Detenido en medio de sus victorias por una insurreccion de los oficiales y encerrado en su tienda por los guardias, logró no obstante escaparse de sus manos, y corrió á socorrer otro punto de su reino invadido por los daneses. Vencedor de estos encarnizados enemigos de la Suecia, el reconocimiento de la nacion le habia devuelto su ejército arrepentido ya de lo que habia hecho, y la única venganza que de él tomó fué conducirlo de nuevo á la victoria.

Gustavo habia salvado su reino en el exterior, y en el interior lo habia pacificado: desinteresado bajo todos aspectos y sin mas ambicion que la de adquirir gloria, su sueño dorado era vengar la causa abandonada de Luis XVI, y arrancar de manos de sus enemigos á una reina á quien adoraba desde lejos. Hasta este sueño era digno de un héroe; solo cometió una falta. Su genio fué mas vasto que su imperio, y cuando el heroismo no está en proporcion de los medios que se pueden desplegar

para probarle el que lo tiene, aparece mas como un aventurero que como un héroe á los ojos de sus contemporáneos, razon por la cual sus elevados designios son tenidos por quimeras. Pero la historia no juzga como la fortuna; el corazon es el que hace al héroe mas que el buen éxito de sus empresas; este carácter romántico y aventurero del genio de Gustavo, aunque no se viese coronado de una gloria que tanto ansiaba, no por eso dejó de manifestar la grandeza de su alma á pesar de la pequeñez de sus medios. Su muerte hizo prorumpir en gritos de alegría á los jacobinos, que deificaron á Ankarstroem; pero esta misma alegría dió á conocer que el desprecio con que habian mirado anteriormente al rey de Suecia, diciendo que era un enemigo poco temible para la revolucion, habia sido mas aparente que verdadero.

IX.

Removidos estos dos obstáculos, nada contenia ya á la Francia y á la Europa, sino el débil gabinete de Luis XVI. La impaciencia de la nacion, la ambicion de los girondinos, y el resentimiento de los constitucionales heridos en la persona de Mr. de Narbona, todas estas cosas reunidas, sirvieron para derribar el gabinete: Brissot, Vergniaud, Guadet, Condorcet, Gensonné, Pétion, sus amigos en la Asamblea, el conciliábulo de madama Roland y sus santones en los Jacobinos, fluctuaban entre dos partidos iguales para ellos, á saber; derrocar el poder ó subir á él. Brissot les aconsejó que se decidiesen por lo último. Mas versado en la política que los oradores jóvenes de la Gironda no podia comprender este hombre una rebelion sin gobierno. La anarquía á su modo de ver era tan contraria á la libertad como la monarquía. Cuanto mas grandes fuesen los sucesos tanto

mas necesario les era apoderarse de su direccion. El poder desarmado se hallaba á su alcance y era preciso cogerle: una vez que lo tuviesen en sus manos harian de él una monarquía ó una república segun se lo aconsejasen la fortuna ó la voluntad del pueblo. Dispuestos ha hacer todo aquello que pudiese conducir á que ellos reinasen en nombre del rey ó del pueblo, estos hombres que acababan de salir de la oscuridad, seducidos por la facilidad con que habian hecho su fortuna, seguian el carro de esta inconstante diosa y se entregaban enteramente en sus brazos. Los hombres que se elevan con facilidad, fácilmente tambien se desvanecen confiados en que la suerte no puede ya volver á serles adversa.

Sin embargo, descubrióse desde luego una profunda política en el consejo secreto de los girondinos al ver los nombres que habian presentado al rey para que eligiese entre ellos el nuevo ministerio. Brissot manifestó en esto la paciencia de una ambicion consumada. Inspiró esta misma prudencia á Vergniaud, á Petion, á Guadet, á Gensonné y á todos los hombres eminentes de su partido, con los cuales se mantuvo en la penumbra, si bien inmediato al poder. Fuera del ministerio sondeó la opinion pública valiéndose de unos agentes secundarios, á los cuales podia desmentir y aun sacrificar en caso necesario, quedándose él de reserva unido á las principales cabezas del partido, ya para apoyar, ya para derribar aquel débil ministerio de transición, si el pueblo adoptaba medidas mas enérgicas y decisivas. Brissot y los suyos estaban decididos á dirigirlo todo y aun á ser los que mandasen en realidad, de suerte que eran una especie de déspotas sobre los cuales no podia recaer ninguna responsabilidad. Reconociase en esta táctica de los girondinos la verdadera escuela de Maquiavelo. Además, absteniéndose de ser miembros del primer gabinete les quedaba toda su popularidad, y conservaban á la Asamblea y á los Jacobinos aquellos poderosos votos que

hubiesen sido nulos para el partido, á ocupar ellos las sillas ministeriales. Esta popularidad les era absolutamente necesaria para luchar contra Robespierre que les seguia los pasos, y que se hubiese encontrado al frente y único gefe de la opinion si ellos hubiesen abandonado el fuerte. Tomando parte en los negocios, afectaban hácia aquel rival un desprecio que no tenian en realidad, porque él solo contrarestaba la influencia que tenian todos juntos en los Jacobinos. Las vociferaciones de Billaud-Varennes, de Danton, de Collot de Herbois, no les alarmaron; el silencio de Robespierre les causaba la mayor inquietud. Ellos le habian vencido en la cuestion de la guerra, pero la oposicion estoica de aquel hombre singular no le habia desacreditado con el pueblo, á pesar de estar la nacion tan entusiasmada por la guerra. Este hombre adquiria mayor fuerza en el mismo hecho de haberse aislado, y la inspiracion de una conciencia solitaria é incorruptible tenia mas fuerza que el impulso de todo un partido. Los que no aprobaban su modo de pensar no dejaban por eso de admirarle, y él se habia apartado á un lado para dejar pasar la guerra. Sin embargo, la opinion tenia siempre fija la vista en él, como si un instinto secreto revelase al pueblo que en solo aquel hombre habia todo un porvenir. Cuando él andaba todos le seguian, y cuando se paraba, le aguardaban: de suerte que los girondinos estaban condenados por prudencia á desconfiar de aquel hombre y á permanecer en la Asamblea entre su ministerio y él.

Tomadas estas precauciones buscaron en derredor de sí á ciertos hombres nulos por sí mismos, pero pertenecientes á su partido y que podian servirles para ministros, porque necesitaban instrumentos y no hombres capaces de dominarlos. Lo que ellos querian en fin era hallar unos sujetos unidos á su fortuna á quienes pudiesen volver, segun les acomodase, contra el rey ó contra los jacobinos, y á quienes pudiesen engrandecer sin temor ó

precipitar sin remordimientos. Buscáronlos, pues, en la oscuridad y creyeron haberlos hallado en las personas de Clavière, Roland, Dumouriez, Lacoste y Duranton. No se engañaron sino en uno de ellos. Dumouriez se halló que era un genio, oculto bajo el traje de un aventurero.

X.

Distribuidos así los papeles y avisada madama Roland de la próxima elevacion de su marido, los girondinos atacaron al ministerio en la persona de Mr. de Lessart en la sesion del 10 de marzo. Brissot leyó el acta de acusacion contra el ministro, en la cual hábil y pérfidamente redactada, se calificaban las apariencias como hechos y las conjeturas como pruebas, cargando sobre el presunto acusado todo el odio y criminalidad de una traicion. El orador propone entonces que se estienda el decreto de acusacion contra el ministro de Negocios estrangeros. Parte de los individuos de la Asamblea callan y otros aplauden; algunos de ellos piden que la Asamblea tome tiempo para reflexionar, y al menos afectan la imparcialidad de la justicia. «¡Daos prisa, dice Isnard, quizá huye el traidor mientras vosotros deliberais. — Yo he sido juez mucho tiempo, dice Boulanger, y jamás he sentenciado á pena capital con tanta precipitacion.» Vergniaud, que ve á la Asamblea indecisa, se lanza dos veces á la tribuna para combatir las excusas y la contemporizacion del lado derecho. Becquet, cuya sangre fria es igual á su valor, trata de dar otro giro al asunto y pide que el acta de acusacion pase á la comision diplomática. Vergniaud, temiendo que se deje escapar esta ocasion favorable para su partido, vuelve á subir á la tribuna y dice: «No, no se necesitan pruebas para dar un decreto de acusacion, las presunciones bastan. No hay nin-

guño de nosotros en quien no hayan producido la mas viva indignacion la bajeza y la perfidia que se descubren en todos los actos del ministro. ¿No es él quien ha guardado en su cartera por espacio de dos meses el decreto en donde se manda reunir Aviñon á la Francia? ¿La sangre derramada en aquella ciudad y los cadáveres mutilados de tantas victimas no están pidiendo venganza? Desde esta tribuna estoy viendo el palacio en donde unos consejeros pérfidos engañan al rey que la Constitucion nos da; forjan los yerros con que quieren encadenarnos y urden las tramas que deben entregarnos á la casa de Austria. (Prolongados aplausos). Ha llegado el día de poner término á tan insolente audacia y de acabar de una vez con los conspiradores. El espanto y el terror han salido muchas veces de ese famoso palacio en nombre del despotismo; que vuelvan hoy á entrar en él en nombre de la ley (nuevos aplausos); que penetren en todos los corazones de los que allí habitan, y que sepan que la Constitucion no promete la inviolabilidad sino al rey; que la ley alcanzará á todos los culpables y que no habrá una sola cabeza convencida de ser criminal que pueda libertarse de su cuchilla.»

Esta alusion á la reina, á quien se acusaba de dirigir el *Comité austriaco*; estas palabras amenazadoras dirigidas al rey resonaron en su gabinete y le forzaron á firmar el nombramiento del ministerio girondino. Era esta una hábil maniobra de aquel partido cubierta en la tribuna bajo las apariencias de una indignacion fingida y de una improvisacion que habia sido muy estudiada; era ademas la primera señal dada por los girondinos á los hombres del 20 de junio y del 10 de agosto. El acta de acusacion obtuvo el apetecido resultado y Lessart fué enviado ante el tribunal de Orleans, que lo entregó mas tarde á los asesinos de Versalles. Aquel hombre pudo escaparse, pero como su fuga hubiera perjudicado al rey supo colocarse generosamente entre éste y la muerte, que

sufrió sin haber cometido otro delito que ser amante de su rey.

Luis XVI conoció que no había ya sino un paso entre la abdicacion y él, y que este paso consistia en escoger un ministerio entre sus enemigos y en interesarles en el poder entregándolo en sus manos. Cedió á las circunstancias, adoptó el ministerio que se le proponia y pidió á los girondinos que le diesen otro. Estos ya habian tratado de ello en sus conciliábulos y habian hecho proposiciones á Roland en febrero anterior. «La corte, le habian dicho, no está distante de tomar ministros jacobinos: en esto obra por perfidia y no por afecto al partido. La confianza que deposite en ellos no será sino un lazo que les tienda. Ella quisiera hombres de carácter violento para imputarles los excesos del pueblo y los desórdenes que se cometan en todo el reino; es preciso burlar tan péfidas esperanzas y darla patriotas en quienes reunido á la firmeza de carácter haya un gran fondo de prudencia. Se ha pensado en vos como uno de ellos.»

XI.

Roland, cuya presuncion le hacia creer que el dejarle en la oscuridad era desconocer su mérito, se sonrió al ver que el poder se le presentaba sin saber cómo y que iba á vengarle en su ancianidad del desden con que él se figuraba que habia sido mirado hasta entonces. Brissot habia ido á su casa el 21 del mismo mes, y repitiendo á madama Roland las palabras que acabamos de referir habia exigido de ella que hiciese consentir á su marido en lo que se le habia propuesto. Esta muger ambiciosa de poder y de gloria, deseaba con ardor que su marido tuviese ocasion de brillar, y la que se le ofrecia era demasiado favorable para dejarla escapar. Asi es que res-

pondió á Brissot como una persona á quien no sorprendia lo que estaba oyendo por haber adivinado ya que tenia que suceder. «La carga, dijo, es muy pesada, pero las fuerzas de Roland son grandes, y todavía se aumentarán con la confianza de poder ser útil á la libertad y á la patria.»

Hecha esta elección, se fijaron los girondinos en Lacoste, comisario ordenador de marina, burócrata de limitados alcances, pero hombre de bien y de corazón recto que no figuraba en las facciones por la candidez de su alma. Introducido en el consejo para que vigilase al rey, su bello carácter hizo que se convirtiese en amigo suyo en vez de ser un espía de sus acciones. Duranton, abogado de Burdeos, fué el destinado para ministro de Justicia. Los girondinos, de quienes era conocido, se cubrieron con su honradez para que no hubiese dificultad en nombrarle ministro, y contaron con su condescendencia y con la debilidad de su carácter para sacar de él todo el partido que quisiesen. Brissot destinó para ministro de Hacienda á Claviere, economista ginebrino, expulsado de su país, pariente y amigo de aquel, avezado á la intriga y émulo de Necker, adiestrado y engrandecido por Mirabeau con el intento de oponerle como rival á aquel ministro que le era tan odioso. Por lo demás este hombre no era ni republicano ni monárquico, y solo buscaba en la revolución un papel que le produjese ventajas positivas. En su alma no se abrigaba ningun género de escrúpulo, y se hallaba al nivel de todas las situaciones y á la altura de todos los partidos. Los girondinos, hombres enteramente nuevos en el manejo de los negocios, necesitaban valerse para desempeñar los ministerios de Guerra y de Hacienda de hombres que no fuesen sino unos instrumentos que ellos pudiesen manejar á su antojo. Claviere se hallaba en este caso. En Guerra contaban con Grave, que habia sucedido en el ministerio á Mr. de Narbona, y que tenia relaciones públicas de afinidad con